

HAWTHORNE

CUENTOS CONTADOS
DOS VECES

TRADUCCIÓN DE
MARCELO COHEN

BARCELONA 2007



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Twice-told Tales*

Publicado por:

ACANTILADO

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© de la traducción, 2007 by Marcelo Cohen

© de esta edición, 2007 by Quaderns Crema, S. A.

© Xavier Serra De Rivera, VEGAP, Barcelona 2007

Derechos exclusivos de edición de esta traducción en lengua castellana:

Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-96834-10-1

DEPÓSITO LEGAL: B.54.698-2007

Cubierta realizada a partir de un óleo de Xavier Serra De Rivera

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

NURIA SABURIT *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA REIMPRESIÓN *diciembre de 2007*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2007*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rígidamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

EL VELO NEGRO DEL PASTOR
UNA PARÁBOLA¹

En la galería del templo cuáquero de Milford, el sacristán tironeaba voluptuosamente de la soga de la campana. Encorvados, los ancianos del pueblo se acercaban por la calle. Niños de cara luminosa brincaban de alegría al lado de los padres o imitaban un paso más grave, conscientes de la dignidad de la ropa de domingo. Acicalados solteros miraban de reojo a bonitas doncellas, imaginándolas más bonitas bajo el sol del Sabbat que durante la semana. Cuando la mayor parte de la muchedumbre hubo cruzado el porche, con un ojo en la puerta del reverendo Hooper, el sacristán hizo sonar la campana. La aparición de la figura del clérigo fue la señal para que el redoble cesara.

—¿Pero qué se ha puesto el buen párroco en la cara?
—exclamó atónito el sacristán.

Los que lo habían oído se volvieron de inmediato a mirar el semblante del señor Hooper, que hacía su lento y meditativo trayecto hacia el templo. Se sobresaltaron todos a una, más asombrados que si un pastor extraño fuera a sacudir los cojines del púlpito del señor Hooper.

—¿Seguro que es nuestro párroco?—preguntó Goodman Gray al sacristán.

—Sin duda que es el señor Hooper. Hoy tenía que intercambiar púlpitos con el párroco Shute, de Westbury; pero

¹ Otro clérigo de Nueva Inglaterra, el señor Joseph Moody, de York, Maine, que murió hace unos ochenta años, se hizo notorio por la misma excentricidad que aquí se refiere del reverendo señor Hooper. En su caso, sin embargo, el símbolo tenía un origen diferente. Cuando joven había matado por accidente a un amigo querido; y desde aquel día hasta la hora de su muerte ocultó el rostro a los hombres.

ayer el párroco Shute se excusó porque debía officiar en un funeral.

Quizá el motivo de tanta perplejidad parezca bastante trivial. El señor Hooper, galante párroco de unos treinta años, si bien todavía soltero, vestía con la debida pulcritud clerical, como si una cumplida esposa le hubiese almidonado la faja y cepillado el atuendo dominical. Sólo había en su aspecto un detalle notable. Vendándole la frente, y colgando sobre la cara lo bastante para agitarse con el aliento, el señor Hooper llevaba un velo negro. Visto de cerca, éste consistía, al parecer, en dos pliegues de crespón que ocultaban enteramente los rasgos, salvo la boca y el mentón, pero probablemente no interceptaban la vista, más que para ensombrecer toda cosa viviente o inanimada. Con esa lúgubre pantalla por delante, el buen señor Hooper avanzó a paso lento y tranquilo, un poco agobiado, mirando al suelo como abstraído, pero asintiendo benévolamente a los parroquianos que aún esperaban en los escalones del templo. Tan azorados estaban ellos, con todo, que apenas devolvieron el saludo.

—No logro hacerme a la idea de que tras esa tela está la cara del señor Hooper—dijo el sacristán.

—A mí no me gusta—balbució una anciana, y entró en el templo cojeando—. Con sólo esconder la cara se ha vuelto horrible.

—¡El párroco se ha vuelto loco!—exclamó Goodman Gray, siguiéndolo a través del umbral.

Un rumor sobre un fenómeno inexplicable había precedido al señor Hooper y tenía a la congregación en vilo. Pocos se contuvieron de torcer la cabeza hacia la puerta; muchos se levantaron y se giraron directamente; en tanto que varios chiquillos treparon a los asientos y volvieron a bajar con un tremendo alboroto. Hubo un rumor general, un crujir de vestidos femeninos y un arrastre de pies viriles reñido con el callado reposo que ha de acompañar la entrada

del pastor. Pero el señor Hooper no parecía advertir la agitación de su gente. Entró con paso quedo, inclinando la cabeza a cada fila de bancos, e hizo una reverencia al pasar frente al parroquiano mayor, un anciano de pelo blanco que ocupaba un sillón en el centro del pasillo. Fue extraño observar la lentitud con que el venerable hombre tomaba conciencia del singular aspecto de su pastor. No llegó a compartir el asombro dominante hasta que el señor Hooper hubo subido los escalones y se mostró en el púlpito, de cara a la congregación, de no haber sido por el velo. El misterioso emblema no fue apartado ni una sola vez. Mientras el pastor impartía el salmo, temblaba con el aliento entrecortado; cuando leyó las Escrituras, echó su oscuridad entre él y la sagrada página; y durante la oración, el velo colgó pesadamente sobre el rostro elevado. ¿Buscaba esconderlo del temido Ser a quien se estaba dirigiendo?

El efecto del simple trozo de crespón fue tal, que más de una mujer de nervios delicados tuvo que abandonar el templo. Pero acaso la pálida grey fuera para el pastor una visión tan temible como el velo negro para los fieles.

El señor Hooper tenía fama de buen predicador, aunque no enérgico: antes que azuzar a su pueblo con el trueno de la Palabra, pugnaba por conducirlo al Cielo con una influencia mansa y persuasiva. El sermón que pronunciaba ahora tenía las mismas características de estilo y modo que toda la serie de su oratoria sagrada. Pero algo, bien en el sentimiento del discurso mismo, bien en la imaginación del auditorio, lo transformaba con mucho en el esfuerzo más poderoso que jamás habían oído de labios del pastor. La taciturna benevolencia habitual en Hooper lo teñía más intensamente. El tema se relacionaba con el pecado secreto, con los tristes misterios que escondemos a los seres más cercanos y queridos, y en vano apartamos de la conciencia, olvidando que el Omnisciente los detectará. Un poder sutil insuflaba las pala-

bras. Todos los miembros de la congregación, la muchacha más inocente y el hombre de corazón más endurecido, sentían como si el predicador se hubiera deslizado por detrás de ellos, tapado por el velo atroz, y hubiese descubierto su fardo de iniquidades de hecho o de intención. Muchos enlazaban las manos sobre el regazo. No había nada de terrible en lo que decía el señor Hooper; al menos no había violencia; sin embargo, cada temblor de su voz melancólica causaba en los oyentes un sismo. De la mano del temor venía un dramatismo involuntario. Tan sensible era el público al insólito atributo del pastor, que todos deseaban que un soplo de viento apartase el velo, casi convencidos de que, aunque forma, gesto y voz fueran los del señor Hooper, el rostro que se revelaría iba a ser el de un extraño.

Al terminar el servicio, los fieles se apresuraron a salir en confusión indecorosa, ávidos por comunicar el asombro acumulado, conscientes de que el ánimo se les avivaba con sólo perder de vista el velo negro. Algunos se juntaban en corrillos, muy apretados, las bocas susurrantes al centro; otros volvían a sus casas solos, envueltos en un silencio meditabundo; otros profanaban el Sabbath con charla estridente y risas ostentosas. Unos pocos meneaban sus sagaces cabezas, sugiriendo que podían penetrar el misterio; mientras uno o dos afirmaban que no había misterio alguno, que de tanto usar la lámpara nocturna, el señor Hooper necesitaba protegerse los ojos. Al cabo de un breve intervalo, a la zaga de la grey salió también el señor Hooper. Volviendo la cara velada de un grupo a otro, prestó debida reverencia a las cabezas canas, con amable dignidad saludó a los de edad madura como amigo y guía espiritual, se dirigió a los jóvenes con una mezcla de autoridad y amor, y bendijo a los niños con la mano. Era lo que acostumbraba hacer el día del Sabbath. Raras y perplejas miradas le devolvieron la cortesía. Al contrario que en otras ocasiones, ninguno aspiró al honor de caminar a su lado.

El viejo hacendado Saunders, sin duda por un accidental desliz de memoria, olvidó invitar al señor Hooper a su mesa, donde, desde que se estableciera, casi cada domingo había el clérigo bendecido los alimentos. Regresó a su casa, pues, y en el momento de cerrar la puerta se le vio mirar atrás, hacia la gente que, a su vez, tenía los ojos puestos en él. Una sonrisa triste destelló tenuemente bajo el velo, rozó la boca y desapareció en un centelleo.

—¡Qué raro—dijo una dama—que un simple velo negro como el que cualquier mujer llevaría en el sombrero sea algo tan terrible en la cara del señor Hooper!

—Algo ha de habérsele torcido en el intelecto—dijo su marido, el farmacéutico del pueblo—. Pero lo más raro del asunto es el efecto de este devaneo, incluso en una mente juiciosa como la mía. Aunque sólo le cubre la cara, ese velo afecta toda la persona de nuestro pastor. Parece un fantasma de pies a cabeza. ¿No piensas lo mismo?

—La verdad es que sí—replicó la señora—. Y por nada del mundo me quedaría a solas con él. Me pregunto si a él no le dará miedo quedarse a solas consigo mismo.

—A veces ocurre—dijo el marido.

El oficio vespertino transcurrió en circunstancias parecidas. A su conclusión, la campana sonó por el funeral de una joven. Parientes y amigos se habían reunido en la casa, y frente a la puerta, los conocidos más distantes mentaban las cualidades de la difunta, cuando la conversación fue interrumpida por la aparición del pastor, cubierto aún por el velo negro. Ahora era un emblema apropiado. El señor Hooper entró en la habitación donde yacía el cadáver y se inclinó sobre el ataúd para darle el último adiós. Al bajar él la cabeza, el velo negro siguió colgando recto, de modo que, de no haber cerrado ya los párpados para siempre, la doncella muerta le habría visto la cara. ¿Temería el señor Hooper esa mirada, para recoger tan rápidamente el velo negro? Una testigo de

la entrevista entre la muerta y el vivo no tuvo escrúpulos en afirmar que, al quedar los rasgos del clérigo al descubierto, el cadáver había temblando levemente, provocando un rumor en la mortaja y la cofia de muselina, aunque el rostro había conservado la compostura mortal. Aquella testigo única del prodigio era una anciana supersticiosa. Del ataúd, el señor Hooper pasó a la estancia de los deudos; luego subió a lo alto de la escalera para decir la oración funeraria. Fue una oración tierna, conmovedora, colmada de pena, pero tan imbuida de esperanza celestial que entre los acentos más tristes, débilmente, pareció oírse una música de arpa tañida por los dedos de la muerta. Los presentes temblaron, aunque sólo lo entendiesen oscuramente, cuando el pastor rogó que ellos, él mismo y todo aquel de rostro mortal se preparase, como confiaba en que lo hubiese hecho la joven, para la hora terrible que les arrancaría el velo de la cara. Los portadores del ataúd salieron pesadamente, y luego los deudos, a entristecer la calle, y el señor Hooper cerró la marcha.

—¿Por qué miras atrás?—dijo uno de la procesión a su compañera.

—Tuve la impresión—respondió ella—de que el ministro y el espíritu de la virgen marchaban de la mano.

—Yo también, y en el mismo momento—dijo el otro.

Esa noche iba a unirse en matrimonio la pareja más espléndida del pueblo de Milford. Aunque conocido por su melancolía, en ocasiones así el señor Hooper dispensaba un alborozo plácido; una entusiasta sonrisa de comprensión brillaba allí donde alegrías más vivas habrían sido expulsadas. No había rasgo de su carácter que le ganase más afecto. Los asistentes a la boda esperaban con impaciencia su llegada, confiados en que se hubiese disipado la extraña aprensión que a lo largo del día había convocado a su alrededor. Pero no fue así. Cuando el señor Hooper entró, los ojos se posaron antes que nada en el velo negro, que con el funeral había su-

mado más sombras y sólo podía aportar algo malo a la boda. El efecto inmediato en los invitados fue tal, que una nube surgida de detrás del crespón negro pareció atenuar la luz de las velas. Los novios estaban de pie ante el ministro. Pero los dedos fríos de la novia temblaban en la convulsa mano del novio, y su palidez despertó el rumor de que la joven recién enterrada había vuelto de la tumba para casarse. Si alguna vez hubo en el pueblo una boda tan aciaga, fue aquella famosa en que las campanas sonaron a difuntos. Llevada a cabo la ceremonia, el señor Hooper, llevándose la copa a los labios, deseó felicidad a los recién casados, en una vena de suave jocosidad que habría debido iluminar los rostros como un resplandor de la chimenea. Pero en aquel instante, por azar, entrevió su imagen en el espejo, y el velo negro envolvió su espíritu en el horror con que abrumaba a los otros. Estremecido, con los labios blancos, derramó el vino intacto en la alfombra y salió corriendo a la noche. Porque también la Tierra se había cubierto con su Velo Negro.

Al día siguiente, en todo el pueblo de Milford casi no se hablaba de otra cosa que del velo del pastor Hooper. El velo y el misterio que escondía daban tema de discusión a encuentros callejeros entre conocidos y de cotilleo entre mujeres en las ventanas. Era la primera noticia que el tabernero transmitía a los clientes. Los niños no paraban de comentarlo camino a la escuela. Un travieso imitador se cubrió la cara con un viejo pañuelo negro; y asustó tanto a sus compañeros de juegos que él mismo acabó desfavorido y casi enloquece en el juego.

Es notable que, de todos los entrometidos e impertinentes de la parroquia, ninguno se atreviera a preguntarle llanamente al señor Hooper por qué hacía aquello. Hasta entonces, a la menor ocasión de entrometerse, nunca le habían faltado consejeros, ni se había mostrado adverso a dejarse guiar por su juicio. Si alguna vez se equivocaba, era a causa de

un grado tan penoso de desconfianza en sí mismo, que la más tímida censura lo llevaba a considerar una fruslería como un delito. Con todo, aunque estaban familiarizados con esta debilidad entrañable, ninguno de sus parroquianos quiso hacer del velo negro tema de reproche amistoso. Un extendido temor, que nadie confesaba abiertamente ni escondía con cuidado, llevaba a cada uno a descargar la responsabilidad en otro, hasta que al fin se creyó conveniente enviar a la iglesia una delegación que abordara el misterio con el señor Hooper antes de que se transformara en escándalo. Nunca embajada alguna cumplió su deber tan a disgusto. El pastor los recibió con cortesía amistosa, pero una vez los visitantes se hubieron sentado, guardó silencio, dejándoles la carga de presentar su importante cometido. El asunto, cabe suponer, era por demás evidente. Estaba el velo negro que el señor Hooper llevaba atado a la frente, que le escondía los rasgos por encima de la plácida boca, en la cual, a veces, percibían el destello de una sonrisa melancólica. Pero en su imaginación, el trozo de crespón parecía colgarle ante el corazón, símbolo de un secreto temible que se interponía entre el clérigo y ellos. Si el velo hubiera caído, lo habrían mencionado libremente; pero no antes. De modo que permanecieron mudos largo rato, confundidos, rehuyendo incómodamente una mirada que sentían fija en ellos, aunque no la viesan. Y al fin volvieron a sus hogares avergonzados, y declararon que el asunto, demasiado grave, sólo podía ser manejado por un consejo eclesiástico, si es que no exigía, incluso, un sínodo general.

Pero en el pueblo había una persona a la que el velo negro no había aterrorizado. Cuando los enviados regresaron sin explicaciones, y sin haberse atrevido a pedir las, la serena energía de su carácter la decidió a ahuyentar la extraña nube que, cada vez más oscuramente, parecía haberse instalado en torno al señor Hooper. Como atribulada mujer del pastor, saber qué ocultaba el velo tenía que ser privilegio

suyo. A la primera visita que él le hizo, por lo tanto, atacó la cuestión con llaneza, lo que facilitó la tarea para los dos. En cuanto se hubieron sentado, clavó los ojos en el velo; pero no percibió nada de la atroz tiniebla que tanto había abrumado a la multitud: no era sino un trozo de crespón plegado que le colgaba de la frente a la boca y se agitaba un poco con el aliento.

—No—dijo en voz alta—. En esa tela no hay nada terrible, salvo que esconde una cara que a mí siempre me alegra ver. Vamos, señor mío, deja asomar el sol por detrás de las nubes. Primero aparta el velo; luego cuéntame por qué te lo has puesto.

La sonrisa del señor Hooper se iluminó débilmente.

—Se acerca una hora—dijo—en que cada uno dejará caer su velo. No me juzgues mal, querida amiga, si hasta entonces llevo este trozo de crespón.

—También esas palabras son un misterio—repuso la joven—. Aparta el velo de ellas, al menos.

—Lo haré, Elizabeth—dijo él—, hasta donde el voto que hice me lo permita. Escucha, pues: este velo es un ejemplo y un símbolo, y he de llevarlo siempre, en la luz y en la oscuridad, en soledad y ante multitudes, tanto entre extraños como entre amigos. Ningún ojo mortal lo verá apartarse. Su sombra debe separarme del mundo: ¡ni siquiera tú puedes transponerla!

—¿Qué congoja te abrumba—preguntó ella, efusiva— para que quieras oscurecerte así?

—Si es una señal de duelo—contestó el señor Hooper— quizá yo tenga, como la mayoría de los mortales, penas tan amargas que bien pueden ser representadas por un velo negro.

—Pero ¿y si el mundo no cree que es emblema de una pena inocente?—lo apremió Elizabeth—. Por querido y respetado que seas, podría rumorearse que te mueve la conciencia

de un pecado secreto. Por la santidad de tu ministerio, ¡acaba con este escándalo!

Tanto presentía la naturaleza de los rumores que empezaban a propagarse que se ruborizó. Pero el señor Hooper no depuso su mansedumbre. Hasta volvió a sonreír: la misma sonrisa triste que, detrás del velo, despuntaba en la sombra como un centelleo.

—Si es por dolor que escondo la cara, no faltan motivos—se limitó a replicar—. Y si la escondo por un pecado secreto, ¿qué mortal no haría lo mismo?

Y con esta obstinación benévola pero inquebrantable resistió todas las exhortaciones de ella. Al fin, Elizabeth calló. Por unos momentos pareció abstraerse, como si sopesase qué método podría sustraer a su amado de un capricho tan oscuro que, de no tener otro significado, quizá fuera síntoma de una enfermedad mental. Aunque era de carácter más firme que él, le rodaron lágrimas por las mejillas. Pero al instante, por así decir, un sentimiento nuevo reemplazó la pena; sin darse cuenta fijó la mirada en el velo negro y, en un súbito ocaso, a su alrededor se hizo el miedo. Se puso en pie y permaneció ante él temblando.

—¿Lo sientes al fin?—dijo Hooper, lastimero.

Sin responder, cubriéndose los ojos, ella se volvió para salir de la habitación. Él se precipitó a agarrarla del brazo.

—¡Ten paciencia conmigo, Elizabeth!—gritó con pasión—. Aunque en la tierra nos separe este velo, no me abandones. ¡Sé mía, que más allá no habrá velo en mi cara ni oscuridad entre nuestras almas! No es más que un velo mortal; ¡no es eterno! Ah, no sabes lo solo que estoy detrás de él, y qué asustado. ¡No me dejes para siempre en esta oscuridad miserable!

—Álzalo una sola vez y mírame a la cara—dijo ella.

—¡Nunca! ¡No puede ser!—replicó el señor Hooper.

—¡Entonces adiós!—dijo Elizabeth.

Se soltó y lentamente fue hasta la puerta, donde se detuvo a echar una mirada larga y trémula, que casi pareció penetrar el misterio del velo negro. Pero, aun sumido en la pena, el señor Hooper sonrió al pensar que sólo un emblema material lo había separado de la dicha, aunque los horrores que la sombra proyectaba se interpusieran entre los amantes más íntimos.

En adelante no hubo más intentos de que el señor Hooper se retirase el velo ni peticiones de que descubriese el secreto que supuestamente ocultaba. Personas que alegaban estar por encima del prejuicio popular lo tomaban como una mera excentricidad, como las que a veces empañan la lucidez de hombres por lo demás racionales y los tiñen de una apariencia de locura. Para la multitud, sin embargo, era irremediablemente un fastidio. El señor Hooper no podía andar por la calle con el ánimo en paz, tal conciencia tenía de que tímidos y bondadosos lo esquivarían, mientras que otros se jactarían de firmeza lanzándose a su paso. Esta clase de impertinencias lo obligó a abandonar su habitual caminata de atardecer hasta el camposanto, pues, siempre que se apoyaba en el portón a meditar, detrás de las lápidas había caras espionando su velo. Corría la leyenda de que lo atraía allí la mirada de los muertos. Su buen corazón se desgarraba cuando los niños, interrumpiendo los juegos más alegres, huían en cuanto veían su melancólica figura a lo lejos. Ese miedo instintivo lo hacía pensar, más que ninguna otra cosa, que en la trama del crespón negro había entretejido un horror sobrenatural. De hecho, era sabido que su propia antipatía por el velo era tal que nunca pasaba voluntariamente frente a un espejo ni se agachaba a beber de una fuente en calma, so riesgo de que su imagen en el agua pacífica lo espantara. Por esto era plausible el rumor de que la conciencia atormentaba al señor Hooper por un crimen demasiado horrendo para esconderlo, o bien oscuramente presentado. Así pues, el velo

negro exhalaba al sol una nube, una ambigüedad de pecado o pesar, que envolvía al pobre pastor y lo hacía inalcanzable a todo amor o comprensión. Se decía que allí confraternizaban con él fantasma y demonio. Con escalofríos íntimos y pavores visibles andaba constantemente a la sombra del velo, a tientas dentro de su alma o mirando a través de un medio que oscurecía el mundo entero. Hasta el viento sin ley, se creía, respetaba aquel secreto espantoso al punto de no apartar nunca el velo. Y, con todo, el buen señor Hooper no dejaba de sonreír tristemente a los pálidos rostros de la turba mundana que se cruzaba con él.

Aparte de malas influencias, el velo negro surtió el deseable efecto de hacer de su portador un clérigo muy eficiente. Con ayuda de la misteriosa divisa—porque no había otra causa patente—se transformó en un hombre de terrible poder sobre las almas torturadas por el pecado. Sus conversos lo miraban con un miedo peculiar y afirmaban, cierto que de manera figurada, que antes de que los llevara a la luz celestial habían estado con él bajo el velo negro. Sin duda, la sombra del velo le possibilitaba comprender todos los sentimientos tenebrosos. Los pecadores moribundos clamaban por el señor Hooper y no cedían el aliento hasta que se presentaba; aunque, al inclinarse él a susurrarles consuelo, la proximidad del velo a la cara los hacía estremecerse. ¡Tal era el miedo al velo negro, aun cuando la Muerte había descubierto su rostro! No pocos forasteros acudían desde lejos a los servicios de la iglesia con el mero propósito ocioso de conocer su figura al menos, ya que tenían vedado verle la cara. ¡Pero muchos partían después temblorosos! Una vez, durante la administración del gobernador Belcher, se designó al señor Hooper para que diese el sermón electoral. Cubierto por el velo negro, en pie ante el gobernador, el consejo y los representantes, causó una impresión tan profunda que las medidas legislativas de aquel año se caracte-

rizaron por la adustez y la piedad primigenias de nuestros antepasados.

De este modo, el señor Hooper vivió una larga vida, irreprochable en los actos visibles, pero amortajado en tristes sospechas; amable y afectuoso, pero no amado, y levemente temido; un hombre apartado de los hombres, rehuido por ellos en la salud y la alegría, pero siempre convocado a asistirlos en la angustia de la agonía. Según pasaban los años, dejando caer su nieve más arriba del velo, fue adquiriendo fama en todas las iglesias de Nueva Inglaterra; lo llamaban *padre Hooper*. Casi todos los parroquianos que tenían cierta edad cuando él se había establecido, estaban ya enterrados; había una congregación en la iglesia y otra más numerosa en el cementerio; y habiendo llegado ya al ocaso de su vida con el trabajo tan bien hecho, al padre Hooper le tocaba ahora descansar.

A la atenuada luz de las velas, en la estancia donde agonizaba el anciano pastor había varias personas. Vínculos naturales, él no tenía ninguno. Pero estaba el médico, decorosamente grave pero impertérrito, empeñado en mitigar los últimos dolores de un paciente insalvable. Estaban los diáconos, y otros miembros píos y eminentes de su iglesia. También el reverendo señor Clark, de Westbury, un teólogo joven y devoto que había cabalgado sin respiro para rezar junto al pastor moribundo. Estaba la enfermera, no una sierva contratada para el tránsito, sino la mujer cuyo afecto sereno lo había acompañado largamente, en secreto, en soledad, por el frío de la edad, y se negaba a extinguirse en la hora postrera. ¡Quién sino Elizabeth! Y allí yacía la cabeza blanquecina del padre Hooper, sobre la almohada de muerte, con el velo negro echado aún sobre la frente, cubriéndole el rostro de modo que cada arduo jadeo de la débil respiración lo agitaba. Aquel retazo de crespón había colgado toda la vida entre él y el mundo: lo había separado de la hermandad bulliciosa y

del amor de mujer, y lo había mantenido en una prisión tristísima, la de su corazón. Y ahora aún le tapaba el rostro, como ahondando la oscuridad de esa cámara tenebrosa; como una pantalla del sol de la eternidad.

Hacía ya un tiempo que la mente del pastor, confusa, oscilaba entre el pasado y el presente, y a intervalos, por así decir, flotaba hacia la vaguedad del mundo por venir. Raptos de fiebre lo sacudían, consumiendo las pocas fuerzas que le quedaban. Pero en medio de las mayores convulsiones y los desvaríos más incongruentes, cuando ningún otro pensamiento ejercía una influencia sedante, seguía cuidándose penosamente de que el velo negro no resbalase de lado. Y si su alma aturdida lo hubiese olvidado, junto al lecho estaba la fiel mujer que, desviando los ojos, habría cubierto el rostro envejecido que había contemplado por última vez en la sazón de la hombría. Por fin, el letargo del agotamiento físico y mental aquietó al moribundo; el pulso se volvió imperceptible y el aliento se debilitó más y más, salvo cuando una inspiración larga, profunda, irregular, preludiaba la partida del espíritu.

El pastor de Westbury se acercó a la cama.

—Venerable padre Hooper—dijo—, la hora de la liberación se aproxima. ¿Está preparado para alzar el velo que lo encierra en el tiempo y entrar en la eternidad?

La primera respuesta del padre Hooper fue un tenue movimiento de la cabeza; luego, temiendo quizá que el gesto hubiera sido dudoso, se esforzó por hablar.

—Sí—dijo suavemente—. Mi alma cansada espera con paciencia que el velo sea alzado.

—¿Y es justo—prosiguió el reverendo Clark—que un hombre tan dado a la plegaria, tan intachablemente ejemplar, padre en la iglesia y santo en hechos y en pensamiento hasta donde alcanza el juicio mortal, deje en su recuerdo una sombra que podría ennegrecer una vida tan pura? ¡Le ruego

que no lo permita, venerable hermano! Ahora que parte a su recompensa, acepte que su semblante victorioso nos ilumine! ¡Antes de que se levante el velo de la eternidad, déjeme apartarle este velo de la cara!

Y, con estas palabras, el reverendo Clark se inclinó, dispuesto a revelar el misterio de tantos años. Sin embargo, invocando una energía repentina que pasmó a los reunidos, el padre sacó ambas manos de debajo las mantas y las apretó con fuerza contra el velo, resuelto a resistir si el pastor de Westbury quería luchar con un moribundo.

—¡Nunca!—exclamó—. ¡En la tierra, nunca!

—¡Anciano oscuro!—dijo el asustado pastor—. ¿Va a presentarse al juicio con ese crimen horrible en el alma?

El padre Hooper infló el pecho; el aire repicó en la garganta, pero con un poderoso esfuerzo, estirando las manos, se aferró a la vida y la retuvo hasta poder hablar. Hasta se incorporó en la cama; y permaneció sentado, rodeándose con los brazos, tembloroso, con el atroz velo negro colgando hasta el final sobre el cúmulo de terrores de toda una vida. Y aun entonces pareció que, en la oscuridad, la frecuente sonrisa triste se demoraba en sus labios.

—¿Por qué tembláis sólo por mí?—increpó, recorriendo con los ojos velados el pálido círculo de testigos—. ¡Temblad también por vosotros! ¿Es por este velo nada más por lo que me han evitado los hombres, me han negado compasión las mujeres y han huido los niños a mi paso? ¿Qué, sino el misterio que representa, hace tan horrible este trozo de tela? Cuando el amigo abra la intimidad del corazón al amigo y el amante a la amada, cuando el hombre no se hurte en vano al ojo de su Creador ni atesore odiosamente el secreto de su pecado, ¡sólo entonces tachadme de monstruo por el símbolo bajo el cual he vivido y muero! ¿Qué veo si miro a mi alrededor? ¡En cada rostro un Velo Negro!

Mientras un mutuo terror apartaba a los reunidos uno de

otro, el padre Hooper se derrumbó en la almohada, cadáver velado con una tenue sonrisa en los labios. Todavía con el velo lo pusieron en el ataúd, y velado lo llevaron a la tumba. Muchos años ha crecido la hierba sobre esa tumba y se ha marchitado, la losa ha criado musgo y el rostro del señor Hooper es polvo; ¡pero aún hoy nos horroriza el pensamiento de que enmoheció bajo el Velo Negro!